

» nen hasta con las cosas insensibles? Y si el hombre
 » puede distinguir lo bueno y lo malo, el bien y el mal,
 » lo que hay ó no de bueno en las diversas religiones,
 » ¿cómo le hemos de suponer indiferente al error y á la
 » verdad, cuando no debe serlo á cosa alguna, y que la
 » indiferencia es en él el carácter mas conocido y seguro
 » de estupidez ¹? »

Estas breves observaciones del filósofo mas profundo que ha aparecido y se ha conocido en Europa desde Malebranche, hacen ver claramente lo absurdo de los únicos principios en que se podría fundar la indiferencia de Religiones. Sometiendo de nuevo estos principios á un examen circunstanciado y rigoroso, esperamos no dejar excusa alguna racional ni á la credulidad que los adopta, ni á la mala fe de los que fingen adoptarlos. Para esto no se necesita talentos; el arte es necesario alguna vez para vestir al error con los colores de la verdad; pero para restituir á esta su esplendor, no se necesita mas que descorrer el velo con que se la ha pretendido cubrir.

A fin de que el lector siga fácilmente la discusion, conviene que de antemano se forme de ella una idea clara y distinta, conozca el fin adonde se dirige, y la senda y camino que le ha de llevar á él. Pues hé aquí en pocas palabras lo que vamos á establecer y el método y orden con que nos proponemos realizarlo.

Se ha querido decir que la Religion, verdadera ó falsa, es indiferente para el hombre; y nosotros haremos ver que, supuesta la existencia de una Religion verdadera, esta es para el hombre, tanto considerado en particular, como en union y sociedad con sus semejantes, y con respecto al mismo Dios, de la mayor importancia, de una importancia infinita: de donde se sigue que tiene un interés tambien infinito en cerciorarse si hay en efecto esta Religion verdadera, y por consiguiente que es una locura infinita querer permanecer indiferente. Para aclarar nuestros principios, aplicándolos á una Religion conocida, supondremos además que el Cristianismo es esta Religion verdadera, cuya importancia se trata de manifestar.

¹ *Sur la tolérance. Spectateur français au XIV^e siècle, tom. IV, pag. 72, 73.*

Se dice que todas las Religiones en sí son indiferentes; y nosotros probaremos que ninguna lo es en sí misma; que en toda Religion hay bien ó mal, verdad ó error; que necesariamente existe una Religion verdadera, es decir, una Religion de una verdad ó de una bondad absoluta; y que esta no lo es sino una sola; de donde se deduce la obligacion de abrazarla, si es posible el llegar á reconocerla.

Se dice que, aun cuando haya una Religion verdadera, el hombre no tiene medio alguno para distinguirla de las falsas; y nosotros probaremos que en todo tiempo han tenido los hombres un medio fácil y seguro de reconocer cual es la verdadera Religion; de donde resulta que la indiferencia es no solo un estado irracional, y destituido de todo fundamento, sino tambien criminal.

Dejamos á cada uno que juzgue por sí mismo de la fuerza de las pruebas que vamos á presentar; pues no queremos contestar á nadie este derecho. Pero diremos si, que el que rehusare examinar los fundamentos de la indiferencia, no se debe contar entre los indiferentistas dogmáticos. Por el hecho solo, él mismo se constituye en el número de aquellos insensatos, que queriendo á todo trance confundir los terrores de la conciencia con la repugnancia de la razon, temen mirar de frente á la verdad, y se forman contra ella una funesta muralla de tinieblas, defensa débil contra los remordimientos.

CAPÍTULO IX.

Importancia de la Religion con respecto al hombre en general.

La felicidad es el fin natural del hombre, no hay uno que no desee de un modo invencible ser feliz; pero frecuentemente la razon incierta y las pasiones ciegas le extravian y llevan léjos del término á que aspira con tanto ardor. El bruto sometido á leyes invariables, toca seguramente á su destino: ni error, ni afecion alguna

desordenada le separa del fin que le señaló la naturaleza; y la muerte, de que ni tiene prevision, y cuyos terrores desconoce, llegando para él en el momento en que sus órganos debilitados ya solo podrian hacerle experimentar sensaciones dolorosas y desagradables, es para él un beneficio.

No sucede así con el hombre: inteligente y libre, si ha de gozar de la felicidad, es necesario que la busque, y se aplique á distinguirla de la que no es mas que su sombra, ó imágen; que su voluntad la escoja libremente; y nunca en verdad se aparta mas de ella, que cuando, como el animal, obedece únicamente á sus apetitos. Las nobles facultades que degrada, vengando entonces sus derechos ultrajados, le hacen sentir bien presto, por la amargura que derraman en sus placeres, que hay para él otra ley que la de los sentidos.

La felicidad de las criaturas está y se encuentra en su perfeccion; y así cuanto mas se aproximan á esta, tanto mas se acercan á aquella. Hasta tanto que la consiguen, se las ve agitadas é inquietas, porque todo ser que no ha llegado á la perfeccion que le es propia, ó que no es todo lo que puede y debe ser, se halla en un estado de tránsito, y busca el lugar de su reposo, á la manera que un viajero, extraviado en países desconocidos; busca con ansia solícita su patria. Y es digno de notarse que todos los hombres, dominados sin advertirlo por el sentimiento de esta verdad, unen constantemente á la idea de la felicidad la del descanso y quietud, que en sí mismo no es mas que esa paz profunda é inalterable, de que necesariamente goza un ser que ha llegado á su perfeccion, y que tan sabiamente llama S. Agustin la *tranquilidad del orden*; y así cuando la Escritura quiere pintarnos la mansion horrorosa del sumo mal, nos la presenta como una region desolada, una tierra de oscuridad y de miseria, *de tinieblas y de muerte, de la cual está desterrado todo orden, y habita un horror, y espanto sempiterno*¹.

Siendo pues la perfeccion de los seres relativa á su

¹ Terram miseriæ et tenebrarum, ubi umbra mortis, et nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat. *Job*, x, 22.

naturaleza, se sigue que ninguna criatura, y con particularidad el hombre, podria ser feliz sino por una perfecta conformidad á las leyes, que resultan de su naturaleza. En una palabra, que no hay dicha, ni felicidad sino en el orden; y que el orden es la fuente del bien, como el desorden del mal, tanto en el mundo moral como en el mundo fisico, lo mismo para los pueblos que para los individuos; y que cuando ellos desconocen esta verdad eterna, el castigo sigue de cerca, proporcionado siempre á la gravedad del desorden; y si éste ha llegado á ser extremo, si un pueblo ó particular se hace, digámoslo así, culpable de un crimen ó delito capital, violando las leyes fundamentales de su ser, la naturaleza inexorable le castiga de muerte.

Mas para conformarse á las leyes del orden, es necesario conocerlas. Luego no hay felicidad para el hombre sin que se conozca á sí mismo, y sin que conozca á los otros seres y criaturas con quienes tiene relaciones necesarias, es decir, á sus semejantes; porque solo entre seres semejantes es en quienes se halla sociedad y relaciones necesarias. Y en efecto, el hombre puede conocer á Dios, y á sí mismo, y por consiguiente conocer las relaciones necesarias que le unen á Dios y á los otros hombres, y que se derivan de la naturaleza del hombre y de la de Dios. En otro caso seria un ser contradictorio, porque teniendo un fin, que es la perfeccion ó felicidad, no tendria medio alguno para conseguirla y alcanzarla.

Esto muestra claramente cuan absurda es la doctrina del fatalismo; porque si las acciones humanas fuesen efecto de una necesidad invencible, todas ellas se ordenarian necesariamente á la perfeccion del hombre, y por consiguiente, él seria siempre tan feliz cuanto puede serlo. Solo un ser libre puede obrar contra las leyes de su propia naturaleza; y así ni la desgracia, ni el desorden pueden explicarse sino por la libertad.

La naturaleza, que es inmutable, como que no es mas que el orden inmutablemente determinado por Dios, impone y prescribe al hombre leyes inmutables como ella; leyes necesarias, porque son la expresion de relaciones necesarias; leyes fuera de las cuales no se encuentra

paz ni felicidad, porque fuera de ellas no hay mas que desórden. Nadie les puede señalar su origen, ni menos nombrar su inventor. Se reconocen fácilmente por su antigüedad y universalidad, por no sé qué carácter de sencillez, de fuerza y de grandeza que las distingue esencialmente, y las conserva indestructibles en medio de las revoluciones de las costumbres, y de las vicisitudes de las opiniones.

Sin embargo, el hombre seducido por una falsa ciencia, ó arrastrado de las pasiones, frecuentemente se esfuerza á sustituir á esta legislacion natural una legislacion facticia, que es como intentar mudar su naturaleza, y la de los seres sus semejantes. De este modo, ya sea que tratando de establecerse arbitrariamente en sociedad con Dios, combine dogmas, é invente Religiones; ó que queriendo establecerse á su antojo en sociedad con los demás hombres, combine formas de gobierno, é invente constituciones; su vana sabiduría viene toda á parar en sustituir opiniones á creencias, pasiones á obligaciones y deberes, y á colocar, tanto en el Estado como en las familias é individuos, la agitacion del desórden, y el frenesí de la disolucion en vez de la tranquilidad del órden: siendo de notar que los mayores males que han afligido al género humano en todas épocas, han nacido de las constituciones arbitrarias, y de las Religiones inventadas á placer.

La Religion, la moral y la sociedad, son hechos generales como la gravedad y pesantez: leyes generales é independientes de nuestras ideas, como lo pueden ser las del equilibrio. En el punto en que se las mire como puras abstracciones, cuéntese todo perdido. Entonces una filosofía delirante lo querrá todo inventar, en política, en moral, en Religion; poco mas ó menos como si un fisiologista, que no viese en la vida y sus fenómenos más que un sistema voluntario, pretendiese inventar un nuevo modo de existir: locura á que efectivamente llegaron los estóicos, cuando en la imposibilidad de sustraerse á todas las penas y aflicciones del ánimo y del cuerpo, pusieron la felicidad en la insensibilidad á todos los dolores así morales como físicos; insensibilidad

incompatible con el modo de existir que es esencial al hombre.

Ni es menos frágil la base en que se apoyan los demás sistemas y teorías sobre la felicidad y sumo bien, que en tanto número inventaron los sabios de la antigüedad¹: vacías de esperanza, no consideran al hombre sino en el breve espacio de esta vida, sin mirar al destino eterno que le ha de suceder: triste y vana filosofía, que se viene á estrellar contra el escollo de la muerte.

Conocer, amar, obrar, hé aquí el hombre, y lo que entre los demás animales le distingue. De la armonía de estas facultades, y su perfecto desarrollo, resulta la felicidad del individuo, porque es en un todo conforme al órden, ó á la naturaleza de los seres que sus facultades se desenvuelvan y desplieguen; y todo ser privado de una de ellas, ó en quien se encuentre ociosa por falta de objeto correspondiente á que se pueda aplicar, está en un estado contrario á su naturaleza, y por consiguiente doloroso.

El objeto propio del entendimiento ó de la facultad de conocer, es la verdad; luego la ignorancia, que es un estado de imperfeccion, y el error, que lo es de desórden mental; son contrarios á la naturaleza del ser inteligente, é incompatibles con la felicidad.

Así como lo verdadero es el objeto del entendimiento, así lo bueno lo es de la voluntad, como que lo es del amor; y como nada puede ser amado, sin que antes sea conocido, y el amor no es otra cosa en realidad que el goce y fruicion íntima de la verdad conocida, el amor depende de la inteligencia.

La inteligencia², pues, es el principio del amor; y el

¹ Varron cuenta doscientos ochenta y ocho.

² Si por *inteligencia* entendemos el alma, no hay duda que ella es el principio del amor, como lo es del conocimiento, accion, etc., aunque obra por medio de sus potencias; de la manera que en el sentido de la vista el alma es la que ve, aunque se vale para ello de los ojos. Mas si por *inteligencia* se quiere significar el conocimiento ó accion de conocer, este podrá decirse principio remoto del amor, en cuanto *nihil est volitum quin præcognitum*: si la potencia misma, en igual forma, por cuanto el entendimiento impera á la voluntad para que elija y ame, aun cuando esta es la que immedia-

amor, principio de acción, tira á realizar exteriormente su objeto, es decir, el bien ó la verdad : y así está escrito de la verdad suprema revestida de nuestra humanidad por efecto de un amor infinito, *que pasaba siempre haciendo bien : pertransiit benefaciendo.*

El hombre, eficaz, activo por sus sentidos, y por ellos inclinado también á las cosas materiales, dividido de este modo entre dos amores y dos voluntades, que le impelen violentamente á contrarias direcciones, no podrá gozar de paz, sin que haya antes establecido el orden entre sus facultades, y sujetado los sentidos á la ley de la razón, ó de la verdad; orden que, en sus relaciones con las acciones de los seres libres, no es mas que la justicia inmutable del Hacedor : luego no hay felicidad sin virtud, ni virtud sin amor predominante de los bienes intelectuales, ó de la justicia y la verdad.

Quitad esta armonía y dependencia entre nuestras facultades, y en el instante vereis nacer del mismo desorden la pena, el dolor, que no cesarán sino cuando se acabe aquél. El hombre en el estado de ignorancia vive, y obra á ciegas; ni sabe lo que debe amar, ni lo que es lícito y se puede permitir; ni lo que debe huir, y el orden le manda evitar; y si la ignorancia es total, como en el idiotismo absoluto, se acaba todo amor, toda acción se destruye, y el individuo muere¹, á menos que una inteli-

tamente ama y elige. Del mismo modo la *voluntad* ó el *amor*, que es acción suya, se dice justamente principio de acción ó de obrar, por cuanto ella es la que impele á las potencias exteriores á la ejecución. Nos ha parecido conveniente dar esta explicación por las diversas acepciones que pueden darse á esta voz *inteligencia*, no queriendo limitarla á una sola por no hacerlo con el sentido del autor, y parecernos que las dichas expresiones deben acomodarse unas veces á la misma alma, y otras á sus potencias.

1 Dos sentidos admiten estas frases, expresiones ó locuciones : uno en el orden *intelectual* ó *racional*; otro en el orden *físico*, como contrapuesto al *intelectual* : no podemos persuadirnos que M. de L. M. hable del *orden físico*, á pesar que las expresiones suenan después *muerte física, aun del cuerpo*; porque en este caso los que nacen estúpidos que nada entienden; los escépticos que de todo dundan; los ateos que nada creen, y los hombres entregados á la sensualidad y á todos los vicios, deberían morir al principio de su

gencia extraña le conserve. El error, viciando al amor, desarrepla las acciones, y pone al hombre en relaciones

carrera, y es indudable que cuanto mas estúpidos, viven mas y mas sanos, como que viven y obran sin aprension; y aun en el *orden moral* los impíos prosperan, segun la expresión de un profeta, y sabemos que en esta vida se han prolongado hasta la ancianidad. Por lo mismo creemos que las indicadas expresiones deberán entenderse en el primer sentido, ó en el *orden intelectual*. No puede dudarse que la ignorancia es una especie de enfermedad intelectual, y que el error es una verdadera llaga del entendimiento, como los crímenes lo son de la voluntad; pero jamás la ignorancia ni el error podrán disminuir, ni mucho menos extinguir, ó hacer que el *ser* de la inteligencia se destruya, ni aun es posible esta total extincion, ni menos la destrucción de su *ser intelectual*, y por consiguiente ni el *físico* ó el *cuerpo*. El *ser* de la inteligencia en todo sistema filosófico, ó es el alma, que en cuanto aprende, juzga y discurre se llama *entendimiento*, ó si quieren *inteligencia*, y en cuanto desea y ama se llama *voluntad*; ó bien la alma tiene sus potencias ó facultades para entender y conocer, y á esta llamamos *entendimiento*, y para querer y amar el bien, y llamamos *voluntad* : en cualquiera de estos sistemas, así la facultad ó el *ser intelectual*, y el *ser volitivo*, es un ser espiritual, incapaz por lo mismo ni de disminucion, ni menos de extincion ó destrucción; como prueba santo Tomás; y es tan evidente, que la sustancia espiritual no tiene en sí mismo principio alguno de destrucción, ni causa alguna extrínseca que pueda obrar en ella esta muerte, sino el mismo criador, el cual conserva, no destruye ni aniquila los seres que ha criado, que no podemos persuadirnos sea este el sentido de La Mennais, ni que se le pueda haber ocurrido una idea tan extravagante, y que repugna al mismo sentido comun. Resta pues únicamente que esta disminucion ó extincion del ser inteligente, se entienda en cuanto á la *inclinacion* del entendimiento y de la voluntad á sus respectivos objetos : esta *inclinacion* puede disminuirse, debilitarse, como en efecto se ha disminuido y debilitado por el pecado original, cuyas dos llagas principales son la ignorancia y la malicia, herencia de todos los hombres, y se debilita asimismo por la multiplicacion de pecados; pero jamás puede extinguirse ni destruirse su *ser*, porque es la misma sustancia espiritual; y así dice santo Tomas que ni en los demonios ni en los condenados se destruye esta inclinacion, antes bien de ella misma dimanen los remordimientos de conciencia que los atormentan. Debemos pues decir, que cuando La Mennais afirma que el error causa disminucion del *ser* en la inteligencia, habla del ejercicio ó de la acción propia del entendimiento, y lo mismo se ha de decir de la voluntad; porque si el entendimiento llegase

falsas, y por consiguiente dolorosas con sus semejantes. Si permaneciendo la verdad en el entendimiento, la voluntad se extravía, se enciende entre la razón y las pasiones una guerra terrible que desconcierta, y contrista el alma, y es lo que forma los remordimientos con sus feroces y angustias insufribles. Cuando los sentidos, ú órganos destinados á servir¹, se llegan á apoderar del mando y del poder, el desórden llega hasta lo sumo; todo perece, la inteligencia, el amor, el cuerpo mismo². *Cuando estábamos sometidos á la ley de la carne*, dice enérgicamente ese libro divino en que se encuentra toda verdad, *obrando en nuestros miembros las pasiones desatregadas, daban frutos de muerte*³.

Es pues la primera condicion de la felicidad, que las diversas facultades del hombre estén convenientemente ordenadas entre sí, y que cada una goce de su objeto propio y peculiar. Alcanzar su perfecto desarrollo, y gozar cada una del objeto que le corresponde en toda la extension de que es capaz, es indudablemente la segunda. Ahora bien, los deseos, no las obras, son el índice seguro de esta capacidad; y en efecto, el hombre que

á una privación total de la verdad ó del amor, se acabaria toda accion del entendimiento y voluntad, como que realmente carecian de objeto, y á esto sin duda llama La Mennais *extincion, destruccion, muerte*; porque, así como cuando vemos á un hombre sin accion ni movimiento decimos que está muerto, así el entendimiento y la voluntad sin accion pueden llamarse muertos intelectualmente, porque no darian en este caso señal alguna de vida; y aun en esta posibilidad de esta hipótesis, podria ser tal el trastorno de los sentidos que aun el cuerpo mismo muriese como dice La Mennais. Nos hemos extendido en su explicacion para que nuestros lectores no hallen el menor tropiezo en una obra tan interesante.

¹ Es bien conocida la hermosa definicion que da del hombre M. de Bonald, á saber: *El hombre es una inteligencia servida por órganos corporales*.

² Entiéndese en cuanto los placeres sensuales embotan el entendimiento y embrutecen, y aun abandonándose ó entregándose desmedidamente á ellos, gastan el cuerpo, acaban la salud, y quitan la vida prematuralmente. Véase la cita anterior.

³ *Cum enim essemus in carne, passiones peccatorum.... operabantur in membris nostris, ut fructificarent morti. Ep. ad Rom. VII, 5.*

siente en sí un deseo infinito de saber y de amar, porque puede y debe conocer la verdad infinita, y amar el sumo bien, no se ve atormentado de un deseo infinito de obrar, porque su accion, como ser físico, es natural y necesariamente limitada. El sabio que desea conocer las leyes del movimiento de los astrós, y trabaja y vela por descubrirlas, no piensa en someterlas á su voluntad; porque sabe que su poder de obrar es limitado, y su inteligencia no conoce límites.

Sentados estos principios, consideremos á la filosofía y á la Religion relativamente á la felicidad: y para comenzar por la primera, dígasenos de buena fe: ¿qué verdades son las que ella nos revela, y presenta á nuestra consideracion? ¿qué bienes son los que nos ofrece, los deberes y obligaciones que nos prescribe? ¿Qué nos enseña del lugar que ocupamos en el órden de los seres? ¿qué de nuestro origen, de nuestra naturaleza, y nuestro último fin? ¡Ay! Mas débil é impotente aun que presuntuosa, burla ó degrada todas nuestras facultades y potencias. Nuestro entendimiento reclama, y le pide la verdad infinita, que es la única proporcionada á sus deseos, y ella no le presenta mas que dudas, conjeturas vanas, absurdos palpables. Todas las creencias huyen á su vista; y cayendo ella como un sifon, ó un furioso torbellino sobre el entendimiento humano, trastorna todos los principios, arranca de raíz todas las ideas, acaba, destruye todas las esperanzas. Los sistemas son tantos en número como los filósofos, y tan vagos y fugaces como los sueños de la noche. Representémonos un hombre á quien el deseo de la verdad, natural á todos los seres racionales, le excita á buscarla, y que con este objeto, auxiliado de una razón recta, emprende el exámen de los sistemas filosóficos. ¿Qué oscuridades; ¡cuántas incertidumbres! ¿qué de contradicciones! ¿qué mar inmenso se le presenta, cuyas riberas nadie hasta ahora ha podido divisar! O tú, á quien engaña la esperanza de descubrir en él algun día el dichoso puerto á que aspiras, cree á la experiencia de los viajeros desengañados, y escucha la voz de Rousseau. «Yo he consultado, le dice, á los filósofos, he ojeado sus libros, he examinado sus diversas opiniones; á todos los hallo soberbios, orgullosos, de-

» cisivos, aun en su pretendido escepticismo; gentes que
 » nada ignoran, todo lo saben, nada prueban, y se bur-
 » lan unos de otros; y este punto, que es comun á todos,
 » me parece el único en que todos tienen razon. Triun-
 » fantes y exaltados cuando atacan, son cobardes y sin
 » vigor cuando se defienden. Si quereis examinar sus
 » razones, no las tienen sino para destruir; si contais los
 » votos, cada uno está reducido al suyo; en nada se
 » avienen sino en disputarlo todo¹. »

Pero el hombre, en los pocos momentos de vida que se le conceden, no está destinado para disputar: lo está si para conocer, y obrar, y por consiguiente para creer; y ¡ay de aquél á quien la duda le abre las puertas del sepulcro!

« Yo pienso, añade Rousseau, que la cortedad del espíritu humano es la primera causa de esta prodigiosa diversidad de sentimientos, y el orgullo la segunda. No tenemos las medidas de esta máquina inmensa; ni podemos calcular sus relaciones, ni conocemos sus primeras leyes, ni su causa final; ignoramos lo que somos nosotros mismos; no conocemos ni cual es nuestra naturaleza, ni nuestro principio activo; apenas sabemos si el hombre es un ser simple ó compuesto: por todas partes nos rodean misterios impenetrables y superiores al orden sensible: creemos tener inteligencia, y no tenemos mas que imaginacion. Cada uno se abre al tra- vés de este mundo imaginario un camino que juzga ser el único verdadero; mas nadie puede saber si el suyo es el que lleva al término². »

¡Extraña condicion por cierto la del hombre; siempre aspirando con un ardor inexplicable al goce y posesion de la verdad, y sin poder estar jamás seguro si en lugar de ella abraza la mentira y el error! Incapaz naturalmente de alcanzar la certidumbre, la duda es un suplido para él. Sin embargo, como observa Pascal, « es necesario que cada uno tome su partido, y se decida y determine, é indispensablemente se coloque ó en las filas del *dogmatismo*, ó bien del *pirronismo*: porque el que pensare quedarse neutral, seria pirronista en sumo

¹ *Emile*, t. III, p. 27. — ² *Emile*, t. III, p. 28.

» grado: esta neutralidad es la esencia del pirronismo; » el que no está contra ellos, está manifestamente á su favor. ¿Qué hará pues el hombre en este estado? ¿dará de todo? ¿dudará si está despierto, si le punzan, ó le queman, cuando experimenta esta sensacion? ¿dudará si duda? ¿dudará aun si existe ó no? Es imposible, llegar hasta aquí, y no temo asegurar que no ha habido jamás un pirronista que pueda decirse efectiva y perfectamente tal. La naturaleza sostiene á la razon débil, y la impide llegue á extraviarse hasta este extremo; Dirá por el contrario que posee con certeza la verdad, cuando, á pocas instancias que se le hagan, no puede mostrar título ni dar razon alguna de ella, y está precisado á abandonarla?

» ¿Quién desembrollará este caos tan profundo? La naturaleza confunde á los pirrónicos, y la razon á los dogmatistas. ¿Qué será pues de tí, ó hombre; en qué, ó dónde irás á parar inquiriendo tu verdadera condicion por tu misma razon natural? Ni puedes evitar una de estas sectas, ni subsistir tampoco en ninguna de ellas¹. »

Criado el hombre para obedecer á las leyes del orden, para vivir en sociedad con Dios, autor y vínculo de todos los seres², para poseer la verdad infinita por la inteligencia, y gozar de ella por el amor; si por desgracia la pierde, no viendo ya entonces cosa mas grande ni mas perfecta que á sí mismo, comienza á amarse sin medida en su interior, á enamorarse ciegamente de lo mas íntimo que hay en sí, de su pensamiento y sensaciones; y, consiguiente en el desorden, después de haberse elegido á sí mismo por objeto de un amor infinito, se constituye centro de todas las cosas, se hace un Dios: y la vana filosofia no viene á ser otra cosa que la idolatría del hombre, idolatría la mas funesta de todas, porque exal-

¹ *Pensées de Pascal*, chap. xxxi, édit. de Paris, in-12.

² Quitad á Dios del mundo, y todos ellos se desquician y desordenan: parecen entonces un monton de materiales para una obra, sin orden y sin conexion: poned á Dios, y todo está ordenado. ¡Cuán otros aparecen colocados por el sabio arquitecto en su lugar;

tando el egoismo hasta lo infinito, rompe todos los vínculos sociales.

Ciertamente, si hay un espectáculo triste y lastimoso, digno de compasion, es el de una criatura débil, ignorante, oprimida por la calamidad, que habiendo perdido de vista su verdadero fin, remueve con furiosa obstinacion este fondo inmenso de miseria, para buscar en él su bien y su tranquilidad. Verácela á esta desventurada criatura recorriendo el árido desierto de la vida, saltar de gozo y de contento al hallazgo de los mas viles placeres, á la manera que los salvajes mas embrutecidos dan gritos de alegría, cuando errantes y hambrientos por medio de los bosques, descubren cerca de sí algunas frutas silvestres, ó los restos asquerosos de alguna presa abandonada de las fieras.

Todas las teorías filosóficas sobre la *felicidad* se reducen á los sistemas de Epicuro y de Zenon, diversamente combinados y modificados; y por la razon poco antes indicada, en las acciones y deseos del hombre separado de Dios, todo, en último resultado, se refiere y ordena al orgullo ó al placer. Se ama con un amor infinito en lo que hay mas íntimo y mas grande en sí, á saber, su pensamiento é inteligencia. Pero este amor, léjos de hacerle feliz, le atormenta y le fatiga, porque siendo evidentemente desproporcionado á su objeto, y pidiendo sin cesar un nuevo alimento, que rara vez llega á obtener, y que jamás le sacia y satisface, le obliga á confesar su extrema indigencia, y á pesar de sus repugnancias le detiene y fija en el sentimiento penoso de su imperfeccion. El deseo de gloria, los empleos y destinos, los honores, la pasion del estudio, el amor de las riquezas, cuando no tienen á los placeres físicos por fin ulterior; los enajenamientos y delicadezas suspicaces de la sensibilidad, las mismas virtudes puramente morales no son, si me es lícito hablar así, mas que tentativas del orgullo, para alejar de sí este sentimiento doloroso. Se esfuerza á suplir la perfeccion absoluta por una superioridad únicamente relativa. Engañado de esta vana esperanza, el hombre trabaja para elevarse sobre sus semejantes en poder, en reputacion, ciencia y riquezas, y no hay ven-

taja, por mezquina que sea, aun en lo corporal, donde la vanidad no vaya á buscar deleites y placeres.

Mas aun cuando llegase á poseer todas estas ventajas juntas, todo esto nunca seria mas que posesion del hombre imperfecto y miserable, y el corazon no tardaria en pedirle nuevos bienes. *Yo he sido todo*, decia el emperador Severo, que desde la última clase del ejército, de simple soldado habia llegado á ser emperador, y ocupar el trono de los Cesares; *yo he sido todo, y por la experiencia he visto que este todo de nada sirve*¹. Hé aquí el resultado de treinta años de trabajo, y de una ambicion afortunada. Recorred los otros campos de la gloria; preguntad á los filósofos y favorecidos de las musas, desde Homero y Plinio el viejo, hasta Voltaire y Diderot, y donde quiera no oireis mas que quejas amargas, llantos y gritos de dolor. Semejantes á los dioses del paganismo, á quienes la polilla y los gusanos roían en sus mismos altares, el tedio, la zozobra, el disgusto y aversion despedazan en secreto esas almas soberbias, cuya felicidad envidia un vulgo necio.

Lo mismo podemos decir de las otras condiciones y estados, porque el orgullo alcanza á todos. Plebeyos, grandes, sabios, ignorantes, todos se fatigan y anhelan por ser admirados, y elevarse en el concepto de los otros, y en su propia imaginacion. Casi todas las vanas ocupaciones de los hombres no tienen otro fin: solo por esto, únicamente por engrandecer la idea que tienen formada de sí mismos, uno devasta, abrasa, asola toda la tierra, y otro pasa la vida en estudiar sus producciones; aquél se encierra en su gabinete para escribir un libro, y esté se va á hacer matar á mil leguas de aquí, por obtener un pedazo de cinta, que ensalzándole en su propia estimacion, le distraerá, á su parecer, de la memoria importuna de su miseria, y de su nada. No tienen otro móvil nuestras opiniones y diversiones las mas frívolas: buscamos ansiosamente en ellas un sentimiento de superioridad, cualquiera que él sea, que nos oculte nuestra imperfeccion real; y nuestro orgullo es á un tiempo tan desordenado é indigente, que cualquie-

¹ Omnia fui, et nihil expedit.